

Eduardo Galeano

El hombre de los abrazos

Elena Poniatowska

Difícil hallar, en el panorama de la literatura hispanoamericana del siglo xx, a un prosista que, como Eduardo Galeano, haya adquirido el estatuto de portavoz humanista de los marginados del continente. El autor uruguayo, quien falleció en abril pasado, adoptó la historia y los avatares políticos de nuestra América como el sustento temático para una exploración crítica comprometida.

Eduardo Galeano era nuestro, era mexicano, era uruguayo, era salvadoreño, era chileno, era argentino, era paraguayo, era la sangre en nuestras venas abiertas, abarcaba al continente entero. Eduardo Germán María Hughes Galeano nació en Montevideo, Uruguay, el 3 de septiembre de 1940 y murió de cáncer el 13 de abril de 2015 en la misma ciudad.

Antes de dedicarse a la literatura trabajó en una fábrica, también fue mandadero y dibujante, de ahí sus “chanchitos” en la dedicatoria de sus libros al igual que la flor de largo tallo en los de Gabriel García Márquez.

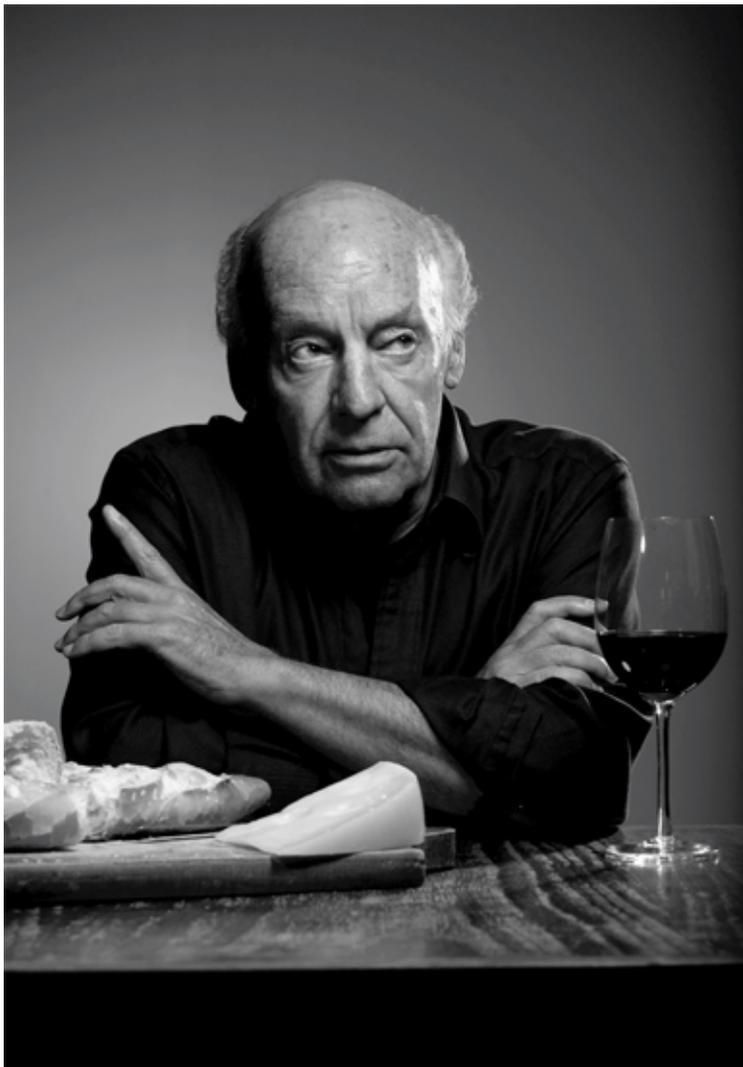
Lo conocí con Arnaldo Orfila Reynal y Laurette Séjourné en la casa de La Morena número 430, primera sede de la editorial Siglo XXI. En torno a la mesa de los Orfila se reunían los grandes exiliados de las dictaduras de América Latina, las víctimas de golpes de estado, los intelectuales que condenaban el régimen militar de su país. Chilenos, uruguayos, argentinos se sentían protegidos por la editorial Siglo XXI. A Galeano, el horrible dictador argentino Videla lo tenía en su lista negra. Total, yo era la única inconsciente, libre y feliz en esa mesa

pero al leer sus libros comencé a sentir lo que podía significar la falta de libertad y adquirí, gracias a ellos, una conciencia que me hacía mucha falta.

Galeano nos cuenta nuestra historia desde la creación (Adán y Eva-el *Popol Vuh*) hasta 1986, cuando le escribe una carta a Orfila Reynal desde Montevideo y le asegura que escribir *Memoria del fuego* fue una alegría porque: “Ahora me siento más que nunca orgulloso de haber nacido en América, en esta mierda, en esta maravilla, durante el siglo del viento. Más no te digo, porque no quiero palabrear lo sagrado”.

Palabrear lo sagrado significa embarrar, echar a perder, festinar, utilizar, envilecer, cotorrear y eso es precisamente lo que jamás hizo Galeano. Por eso se fue despojando uno a uno de todos los atributos de la gloria, de todas las prebendas y los reconocimientos y llegó limpio al final de su vida, desnudo de afeites, sin un solo mecanismo de defensa. Quizá se rebeló pero a nadie se lo dijo, ni siquiera a su mujer.

Galeano recoge los episodios, los sentimientos, las ideas de nuestra historia que más lo impactan y los saca



Eduardo Galeano

de los bolsillos de su pantalón mientras va caminando como dulces envueltos en papelitos de colores que va regalando al primero que pasa. “Ándale, chúpate este”. Después de leerlo conocemos mejor nuestro continente y lo conocen mejor los otros pueblos de la Tierra. Nunca nadie le había hecho a la historia un servicio tan grande; ponerla al alcance de todos, sabios e iletrados.

Los iletrados son a veces quienes más saben. Bernard Shaw solía decir: “Cuando tenía siete años tuve que interrumpir mi educación para ir a la escuela”.

Galeano vino a México en varias ocasiones y tuve el honor y el privilegio de entrevistarlo a veces en La Morena, a veces en la Fonda del Refugio, a veces en su hotel. Cada vez que venía, le rendía homenaje a México. Era fácil constatar cómo iba despojándose de todo hasta quedar en un puro árbol escueto, a la manera de Juan Rulfo, su maestro. Recuerdo especialmente ese texto sobre Zapata que nos atañe directamente y que él llamó “Resurrección”:

Nació, dicen, con una manita tatuada en el pecho.

Murió acribillado por siete balazos.

El asesino recibió cincuenta mil pesos y el grado de general de brigada.

El asesinado recibió a una multitud de campesinos, que sombrero en mano visitaron su muerte.

De sus abuelos indios habían heredado el silencio.

No decían nada, o decían:

—Pobrecito.

Nada más decían.

Pero después, poco a poco, en las plazas de los pueblos se fueron soltando las lenguas.

—No era él.

—Otro era.

—Muy gordo lo vi.

—Le faltaba el lunar de arriba del ojo.

—Se fue en un barco, salió de Acapulco.

—En la noche se voló, en un caballo blanco.

—Se fue para Arabia.

—Por allá, por Arabia, está.

—Arabia queda muy lejos, más lejos que Oaxaca.

—Ahorita vuelve.

En una de las entrevistas, insistí: Rulfo decía que iba podando sus textos de toda la hojarasca para dejarlos en el puro árbol, el palo seco.

“Él fue mi maestro —respondió Galeano—. Me enseñó a escribir con el hacha además de con la pluma y yo te diría que escribir para mí es una persecución, una suerte de cacería de la palabra que huye, y una vez que me parece que la atrapé, la descubro muy vestida, entonces hay que desnudarla. Algunos de los cuentos míos empiezan de veinte páginas para terminar con una sola línea, como ocurrió con un texto de amor que está en el segundo tomo de *Memoria del fuego* y que se refiere a una bella y terrible historia. Una muchacha que se llamaba Camila O’Gorman que se fugó con un cura a mediados del siglo pasado [siglo XIX] y fue fusilada por ‘delito de muerte, delito de amor’. Yo hice tres textos en *Memoria del fuego* sobre esa historia, y en el segundo texto, el del medio, tenía que contar lo que ocurría entre ellos, y en la primera versión escribí más de veinte páginas, y después lo que quedó fue una sola frase que dice que *ellos son dos por error que la noche corrige*. No siempre el proceso conduce de las veinte páginas a la línea sola, pero sí es verdad que recibimos la palabra muy vestida de retórica inútil y de toda una fronda que rodea a la que vale, la que merece existir, la que contiene electricidad de vida”.

Galeano siempre supo qué y cómo escribir sobre la mujer: “No consigo dormir. Tengo una mujer atravesada en los párpados. Si pudiera, le diría que se vaya: pero tengo una mujer atravesada en la garganta”.

“Yo tuve una educación muy católica cuando era niño. Fui entrenado para malquerer a mi cuerpo como fuente de culpa y me costó llegar a celebrar mi cuerpo como fuente de fiesta, y he tenido a lo largo de mi vida tensiones que provienen de mi formación católica por-

que son tensiones que sobrevivieron a mi fe. Perdí a Dios cuando tenía doce o trece años, pero las prohibiciones de mi infancia me han perseguido toda la vida. Me resultó muy difícil celebrar mi propia libertad. Creo que reconozco muchos de esos tormentos en el alma atormentada de Sor Juana”.

Galeano tenía obsesión por Sor Juana Inés de la Cruz y escribió de ella a todas sus edades: niña en 1655, joven en 1667, madura en 1681 y a punto de morir en 1693 y nos la hizo tan cercana como Jesusa Rodríguez, la gran actriz mexicana, la única en este mundo que memorizó el *Primero sueño* y dijo en voz alta en 1997 en esta misma Sala Miguel Covarrubias, los 992 versos de este gran poema.

“Yo creo en los libros que cambian a la gente. La prueba de que la palabra humana funciona está en quien la recibe, no en quien la da —me dijo Galeano una tarde—. Un texto es, a mi juicio, bueno cuando cambia a quien lo lee, cuando lo transfigura. Yo leo eso y dejo de ser el que era porque me he convertido en otra cosa a partir de la persona que era, he multiplicado mi energía que yo no sabía que tenía, se han encendido en mí fueguitos de la memoria, capacidades de indignación o de asombro, fuentes de belleza que me crecen adentro y que son estimuladas por esas palabras que recibí. Esa es la palabra viva, la que vale la pena. La otra, la que te deja como estabas, puede sonar muy bien, pero no me sirve”.

Galeano nos repartió palabras vivas, historias como dardos, cuentos de tres líneas, intuiciones de su espíri-

tu generoso y bello, novelas en miniatura, bofetadas al bien pensante, fábulas y consejas. Finalmente toda su obra, después de *Las venas abiertas de América Latina*, es una declaración de amor a América Latina. Nunca nos maltrató y con su muerte nos enseñó a morir dignamente. Por eso las mujeres lo acunamos en nuestros brazos y le aseguramos como madres a su hijo que vivió una buena vida y que sus historias están aquí y dieron en el blanco.

Muchos escritores lo envidiaban y hasta lo malquerían porque les robaba cámara. Aquí en México, cuando entraba a Bellas Artes, el público se le echaba encima. ¿Por qué? Seguramente, los mexicanos sentían que él encarnaba la palabra, que él, más que nadie, se responsabilizaba de lo que decía, que él no quería que muriera la palabra, que él antes que cualquier otro era un dador de palabras, que él cumplía su palabra, que para él la palabra era su honor, y que a él nadie, ningún dictador, ningún verdugo, haría jamás que se tragara sus palabras porque su vida entera había sido la de vivir por lo que escribía, vivir como escribía y vivir para escribir. Por eso, hoy mismo, martes 9 de junio de 2015, en esta Sala Miguel Covarrubias, regresa Eduardo Galeano porque así como nunca nos falló, es incapaz de fallarnos ahora. **U**

Texto leído en el Homenaje a Eduardo Galeano, en la Sala Miguel Covarrubias del Centro Cultural Universitario, en la Ciudad de México, el 9 de junio de 2015.

